

Chac

El Blanco

Ignacio Otero / Facultad de Leyes

I

¿Ayer?

Sí, fue ayer, cuando Miguel me contó que a Lorena la sacaron de su casa para internarla en un manicomio.

Afuera de la cafetería, un aire frío nos golpeó el rostro.

Miguel se despidió tres calles adelante.

Caminé hacia la casa y todo el trayecto pensé en Lorena. ¿Cómo olvidar sus grandes ojos verdes? Sus labios: pálidas lunas medias.

No recuerdo con exactitud el lugar donde la conocí. ¿En el museo indígena, en el cine club o tal vez en un solitario parque? Lo que sí tengo presente es el carnaval de su risa y el aire que le cortaba el cabello igual que quiebra las espigas en otoño.

Miraba distraído a través de la vidriera del café, cuando Miguel dijo: ¿sabes que Lorena está loca?

Al principio dudé, creí que se trataba de una broma. Después, ante la seriedad de sus aseveraciones me invadió un escalofrío. Bebí de un sorbo la taza de té y le pedí que nos fuéramos.

Deseaba estar solo y no rodeado por gentes que hablaban de futilidades tan ajenas a mis sentimientos.

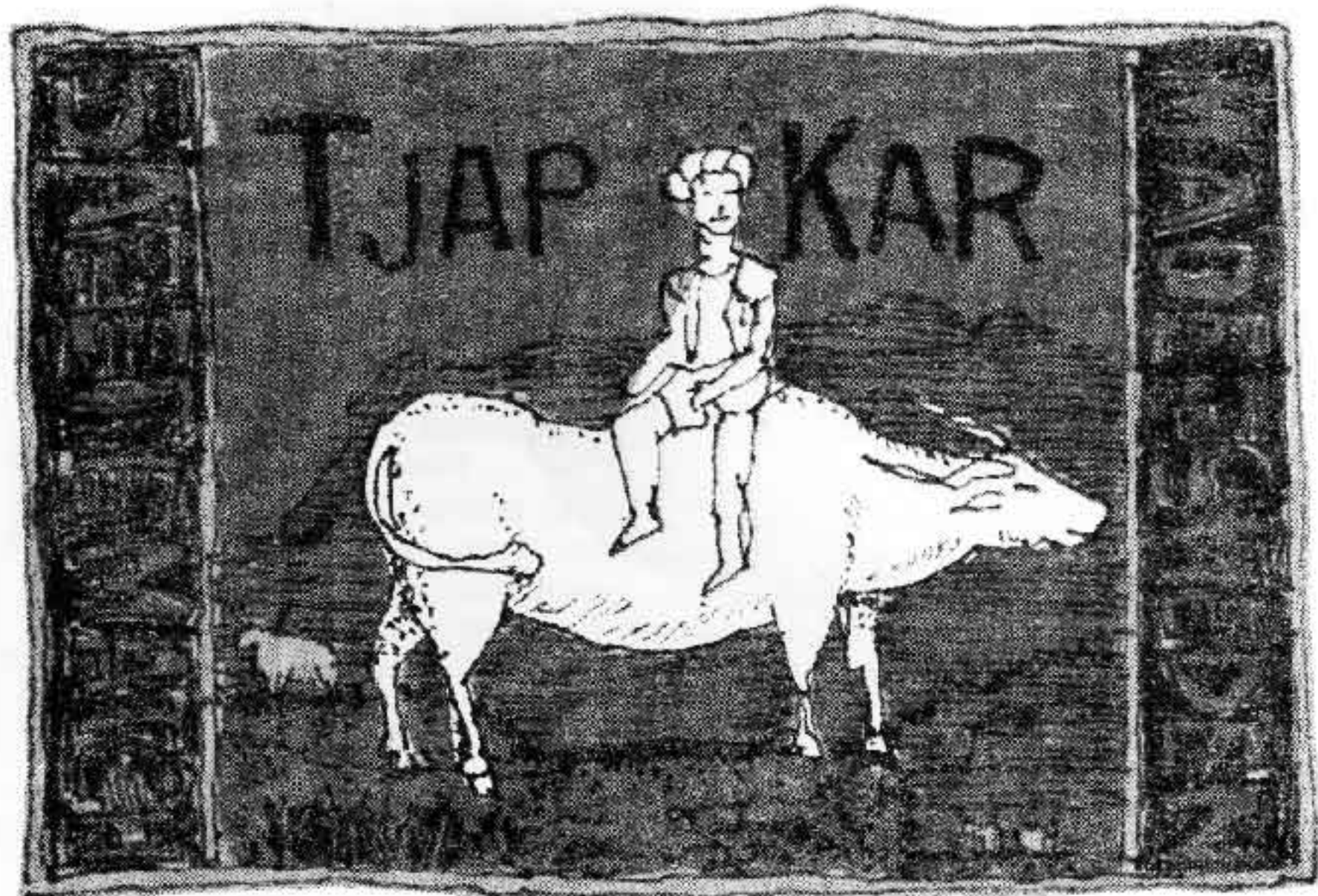
Una tarde la encontré en la Calzada de los Poetas, en Chapultepec. Cargaba telas y pinceles. Sonrió al descubrirme y exclamó: ¡Sólo los locos hablan con los monumentos!

—Te equivocas Lorena. Recitaba en voz alta un soneto.

Mis ojos la examinaron de cabeza a pies, pero en su caída, voluntariamente los detuve en los lienzos manchados con las formas grises, indefinidas, de pájaros y flores de sus pinturas.

—Me dedicaré a la pintura. Tengo una facilidad increíble. En la plástica y en la música no se conoce ninguna mujer célebre. Probablemente, yo sea la primera —dijo en forma de aclaración al notar la curiosidad en mis ojos.

Para continuar nuestra charla, me invitó a tomar café a su casa. En uno de los pasillos, colgaba el retrato de su primera comunión. Los ojos haciendo el bizco, las manos juntas ante una cruz.



Chac

Hablábamos de todo y de nada. Me preguntó si era cristiano y al decirle que estaba dejando de serlo, me recomendó comulgar los primeros viernes de cada mes.

Nos hicimos buenos amigos.

En ese tiempo sólo podía obsequiarle las rosas del jardín público.

Mis dedos se hirieron con las espinas y en la tarde, después del beso por las flores, hubo curación con alcohol y algodón. Terminada la práctica intervención de los primeros auxilios, me pidió que no volviera a pelearme con los gatos.

II

Lorena bailoteaba y hacía muecas ante un espejo, anunciándome su ingreso a la escuela de arte dramático.

Dejó la pintura. Ella no podía dedicarse a una tarea todo el tiempo.

—Sería conveniente una carrera universitaria —le insinué.

—Consideras que el remedio para los males es una medicina académica. Deseo ser libre como un águila. Libre y vivir en las alturas. En casa no me quieren comprender. Mientras más pronto me independice, más tranquila estaré. Me ha costado mucho trabajo llegar a pensar así, pero ya definí mi vida.

Desaparecía mucho tiempo de mi vista y cuando volvíamos a encontrarnos, parecía que hubiésemos estado juntos el día anterior. De casa de sus padres se fue a vivir a un departamento.

—¡Ah, tú faltabas de conocerlo! —me dijo cuando abrió la puerta—. Es pequeño el departamento pero cómodo. Pondré discos mientras preparas dos ginebras.

—¿Pronto serás águila? —pregunté.

—¿Todavía recuerdas nuestras pláticas? Que bobos éramos. Tú siempre preocupado por la guerra fría, las intervenciones militares. La novela que nunca terminabas y siempre me contabas un nuevo pasaje. Si nos ocu-

pábamos del sexo, sacabas a colación los concilios. La Iglesia católica, decías, tendrá que aceptar el uso de pastillas anticonceptivas.

—En ocasiones te daba la razón. Llegué al extremo de aconsejarte que ingresaras a un monasterio.

—¿Ya no peacas con gatos en noches lunares? —preguntó.

—No; contesté —y pensé para mis adentros que actualmente no tenía a quién regalarle rosas robadas.

Sus ojos se metieron dentro de los míos. Estuvimos juntos poco tiempo.

Lorena debía asistir a un baile con un director teatral. Inventó muchas mentiras para justificar su partida.

—Otra noche regresa. De vez en cuando duermo sola —me dijo cuando se vestía para la reunión.

Un carro último modelo, tocó con insistencia el claxon. Me dio un tibio beso y de prisa bajó los escalones.

Decidí no volver a buscarla, aunque algunas noches pensaba en ella. La imaginaba llevándose la taza de café a la boca, sonriendo y su mirada verde acariciándome la cara.

III

Una noche me invitaron a un baile. Los árboles habían perdido sus hojas. Faltaban pocos días para la Navidad.

Un presentimiento terrible de que hallaría a Lorena me inquietó. El automóvil de alquiler llegó con prontitud al lugar de la reunión.

Lo primero que oí al entrar al departamento, fue la risa ronca y quebrada de Lorena que salía de algún rincón.

Sí; ahí estaba.

La fiesta iba subiendo poco a poco en animación. La música creció en ritmo. Oleadas de brazos y cabezas se agitaron. Lorena salió del baño. Su cabellera se balanceaba en desorden. De un salto se plantó en medio del salón y empezó a bailar, primero despacio y luego gradualmente aumentó el ritmo con el movimiento de las caderas.

Enajenación completa. Todos acompañaron con palmas el baile. Lorena fruncía los labios. Engarrotaba los dedos poniendo los brazos en cruz.

Llegó un momento en que los músculos de su cuerpo funcionaban como un motor desbocado.

—¡Lorena, la ropa! —gritaban. ¡Aprisa, más aprisa! ¡Quítate todo!

—Lorena, Lorena —musité en silencio.

Estaba drogada. No oía nada. Continuó el baile en el suelo. Se encogía como ostión. Movimientos de oruga, piernas al aire y senos desfallecientes.

Alguien trató de llevársela a una recámara. Lo alcancé entre risas borrachas. Forcejeé. Lorena trató de sonreirme cuando me vio, pero le afloró al rostro una mueca estúpida. Un temblor de fiebre la estremecía. Cerró los ojos y con palabras ahogadas dijo: llévame contigo.

Casi a rastras la bajé. En el carro, se quedó profundamente dormida entre mis brazos.

Esa fue la última vez que vi a Lorena.

El domingo asistí al nosocomio.

Los doctores que la atendían me prohibieron verla.

—Su estado nervioso es delicado y no es conveniente que reciba visitas —me explicaron.

Le dejé con una monja enfermera, un ramo de rosas, suplicándole se las entregara a nombre de un amigo solamente.

Salí creyendo ver a Lorena en cada rostro sonriente.

Compré vino. La tarde murió aprisionada por la noche.

Mis dedos torpes y vacilantes apagaron la radio y al poco rato yo quedé sumergido en las luces estelares.

nuestra revista
anuncia la aparición de los
dos primeros libros
con que se inicia la colección
Punto de Partida

Poesía de Jaime Godet

y

Abierto de Carlos Héctor Álvarez Cordero

*Estos libros
serán editados en el curso
de 1968*